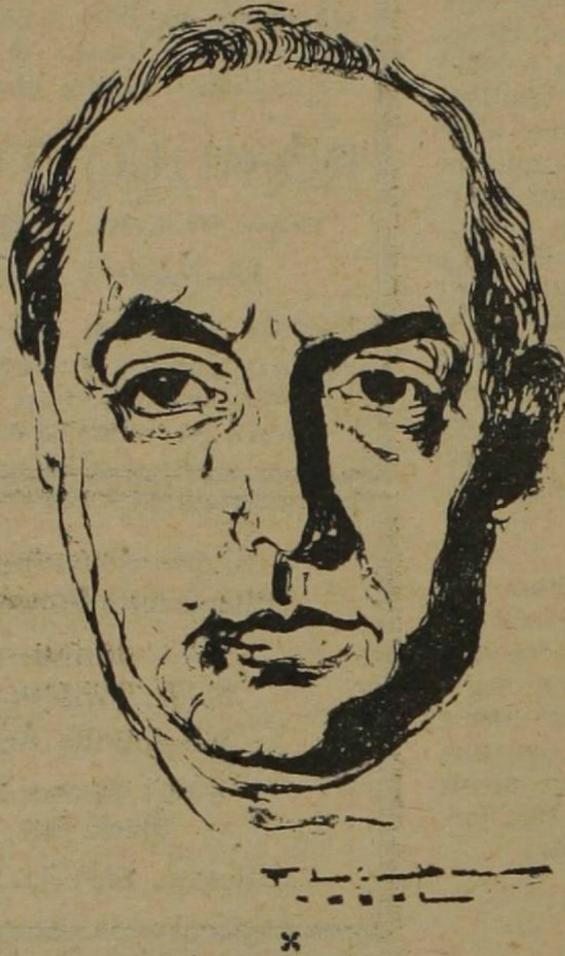


## Arco iris del regreso

Pablo Neruda.

(En Rep. Amer.)



A dónde va el errante corazón entre lámparas  
llevando sobre el hombro a su tierra y sus ríos?  
Ha atravesado tantas ciudades extranjeras  
que ya siente un cansancio que le nubla los pulsos.  
Toda ventana se abre en girasol cuando el poeta se aproxima  
y lo saluda el puerto donde conversan los navíos  
en el lenguaje de la Rosa que amarra los meridianos.  
Conocemos tu umbral del sur, dicen las torres  
por donde el exilado pasea su atribulada estrella.  
Sabemos en qué dirección del mar está la selva de tu madre,  
allá donde la lluvia repite tus estrofas de colmenar.  
El calla, pero la frente de súbito se le circunda de espuma  
y su alma es un arrecife que amanece entre lágrimas.  
Se suavizan las puertas de los suburbios pobres  
en pueblos que parecen el tatuaje del mundo.  
Hay piedras que levantan su perfil como la noche  
primitiva, antes que la lumbre y el piélagos se dividieran.  
Ahí va el poeta, dice el niño que eleva  
sobre su mano el augurio húmedo de una golondrina.  
Allí va el poeta, exclama el mendigo desde su muladar y su  
(hambre.)

Ahí va el poeta, exclama el ciego que al avanzar presiente  
al que canta y conduce la luz hasta su pecho.  
Ahí va el poeta, suspira la mujer de rocío y de humo  
que busca el porvenir en la canción que sube.  
Lejos del rellano del bosque el desterrado  
mira su cuna y la corona del suplicio,  
la esponja del vinagre y la estrella violada.  
Otra ciudad extraña recibe el paso de su antorcha.  
Voces radiosas suspiran su nombre y hay enredaderas  
que en el cielo se tuercen porque el poeta fulgura  
como la montaña de su remota tierra.  
Cantad como David, murmuran las doncellas.  
Danzad como David, el desterrado pasa.  
Europa es una calle, lastimada de rosas  
donde la sangre aun grita en una trompeta.  
Allá en el extremo del tiempo esbelta entre marfiles  
Asia, yergue su rostro de sándalo y de esencia  
hacia los litorales donde tu pasión suprema vive...  
Por allí trepó la voz del poeta volcando tórtolas  
de su país austral empapado de vino.  
Hasta las zonas últimas llegó el susurro dulce  
de los caracoles de Chile de lento idioma...

Ahora te llama el pan del pobre en la mesa triste.

Ahora te llama el lecho del olvidado, la arruga del que va a morir.  
Ahora te llama la sangre que se pierde gota a gota  
desde el vaso de la entraña que rompió el mercader.  
Ahora te llama el escombros donde el musgo agoniza.  
Tú eras el que llevaba en sus venas al pueblo,  
sus abejas, sus surcos, el arado entre fuegos.  
Porque cantabas la verdad ataron tus mariposas  
y quisieron quemar tus alas en el cenit...  
Pero el océano prosigue en sus olas y la montaña te espera,  
la que vió a los indios; la que fué oriflama  
en el cuerno de Lautaro dominando a las tribus.  
Caupolicán empina el roble y lo esgrime moribundo;  
Galvarino besa la sangre de sus muñones y hiere  
el sol con los ojos abismados de furia.  
El Bio-bío rueda como desatando espadas  
y las islas mueven el áureo vestido de sus playas.  
Vendrás de pronto como el huracán que destrenza el cielo.  
Vendrás con esa sabiduría de todos los sufrimientos  
hasta el dintel de tu casa donde aun anida la esperanza  
y arde el hogar y los tizones siempre abrasados por tu alma.  
Habrás un rumor en la corteza de la tierra  
cuando descieras del carro de Elías o toques con pie firme  
la costa resonante como un cañaverol caído,  
porque la patria recibe al hijo que prolongó su estirpe.  
Traerás en tu mano un poco de la ceniza  
de Beudelaire, un aletazo de Pusckin a través de su herida.  
Ríos de Europa libres y graves como el Volga  
o ríos encadenados a la orilla de los mendigos:  
el Tiber suspirando por la muerte de Roma;  
el Sena entre llorosas caras de piedra dolorosa;  
el Tajo salpicado de sangre como una doncella ultimada.  
Ríos de la libertad y ríos atados como un lebril al destino.  
Eres el viajero que tuvo que huír y que regresa  
no como el Hijo Pródigo que malgastó su luz y su herencia  
sino como el combatiente que ha guardado su lanza  
para que cante encima la simiente del trigo.  
Vendrás junto a la sombra de Quevedo dormido  
en un pálido Elzevir de hace trescientos años.  
Vendrás a sentir el impulso floral de Pedro de Oña  
y el ventarrón del Sur que domeña volcanes.  
En tu ausencia algunos han muerto clavados en su lira;  
otros olvidaron el laurel y sus signos  
y desconocen ya el peso de la victoria.  
No han cambiado las Estaciones ni el mar,  
ni se ha marchitado el arcoiris que mira  
la tierra tuya desde su corriente de flores.  
Quién nos dirá el instante en que hable tu cayado  
hacia los litorales donde tu pasión suprema vive...  
Los sacrificados, los heridos, los de rostro con sangre:  
José Miguel Carrera, el Húsar de Galicia  
vendrá a tocar tu mano erguido desde el polvo.  
Vendrá Manuel Rodríguez, arriero de la muerte—  
fraile, mendigo, montonero—del brazo de la Patria.  
Vendrá Camilo Henríquez con cruz en el costado  
y La Aurora de Chile de azote y de oriflama,  
detrás el pueblo y más allá el Océano..

Angel CRUCHAGA SANTA MARIA  
Santiago de Chile, 3 de marzo de 1952.

